

EL FUTURO DEL TRABAJO EN LA (POST) PANDEMIA

Por: Adrián Sotelo Valencia*

¡Si no trabajo, no como; y si me arriesgo a trabajar para comer y para darle a mi familia, me expongo a infectarme con el virus y probablemente a la muerte!

Trabajador anónimo



En la Ciudad de México (5 de mayo de 2020) con o sin pandemia, miles de familias, como esta, no tienen otra alternativa para medio sobrevivir que la calle, sin protección, sin asistencia sanitaria, ni ayuda gubernamental.

El Covid-19 va a empeorar y precarizar el mundo del trabajo y laboral. Una vez que haya sido controlada la pandemia lejos de continuar las medidas sanitarias y las ayudas allí donde las hubo, por el contrario, el capitalismo tendrá que agudizar sus condiciones de explotación y de miseria

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la FCPyS de la UNAM, México.

para resarcir a los empresarios de las pérdidas que hayan sufrido —o reclamen haber sufrido y que serían vastas— durante la contingencia. Hoteleros, financistas, especuladores, comerciantes, industriales, ganaderos, exportadores e importadores, agiotistas y burócratas de nivel medio y superior, estarán reclamando, como ya lo hacen, “recuperar sus pérdidas”, aunque obviamente nunca hayan puesto ni un solo centavo, ni sus ganancias en jaque y sus fortunas. Por el contrario el capitalismo del desastre (*dixit* Naomi Klein) —y la emergencia del COVID-19 es solo un magnífico ejemplo de lo anterior—, revela que en Estados Unidos solo entre el 01 de enero de 2020 y el 10 de abril de 2020, “...34 de los 170 multimillonarios más ricos del país aumentaron su riqueza en decenas de millones de dólares y ocho lo hicieron en más de mil millones de dólares (Chuck Collins Omar Ocampo Sophia Paslaski, “Billionaire Bonanza 2020: Wealth Windfalls, Tumbling, Taxes, and Pandemic Profiteers”, Institute for Policy Studies, 23 de Abril de 2020, disponible en: <https://ips-dc.org/billionaire-bonanza-2020/>, traducción nuestra). En contraste, cifras oficiales del Departamento del Trabajo de ese país revelan que hasta la fecha (finales de abril) habrían perdido sus empleos alrededor de 30 millones de personas supuestamente por efectos de la pandemia. Para completar el cuadro en otros países como España el coronavirus arroja una pérdida de empleo en el mes de abril de 283 mil nuevos parados y más de medio millón de puestos destruidos (Cf. *Russia Today*, 5 de mayo de 2020). Ello sin mencionar los miles y miles de desempleados, denominados “informales” que viven y trabajan en la calle sin perspectivas de encontrar empleos que la OIT llama “decentes” y viven a su suerte los estragos mortuorios de la actual pandemia del coronavirus.

Por su parte los trabajadores y las poblaciones asalariadas no tendrán los mismos beneficios ni prerrogativas que los siempre consentidos y subsidiados empresarios por los regímenes capitalistas. Habrá, en algunos lugares, ayudas pasajeras como la llamada y publicitada “renta básica” que se origina de la plusvalía creada -producto a la vez de la explotación del trabajo- que se redistribuye por intermediación del Estado capitalista y se demanda preferentemente en los países europeos y en Estados Unidos y, en menor medida o casi nada, en los dependientes y subdesarrollados de América Latina y el Caribe.

La pandemia se instaló en el torbellino de la crisis capitalista, tal y como encontró constituido el *statu quo* social, macroeconómico y ambiental del mundo: con serias y hondas desigualdades sociales históricas, una división abismal de clases sociales, géneros y razas; intensos movimientos migratorios; tendencias muy pronunciadas a la desaceleración económica y a la recesión; repunte de las tasas de desempleo y caídas del empleo; intensos procesos de flexibilización y precarización del mundo laboral; contracción de los mercados y del comercio internacionales; caída promedio de los salarios reales y no solo nominales que perciben los trabajadores, y en muchos lugares, fuertes procesos de represión y de contención de los movimientos obreros, campesinos, estudiantiles y populares en varias regiones del mundo, particularmente en América Latina en los países más represivos y genocidas de la región: Colombia, Honduras, Guatemala, Ecuador, Perú, Chile, Paraguay, Haití y Brasil, entre otros.

El Covid-19 se convirtió en el pretexto —y señuelo— que le ha caído como anillo al dedo al capital global, para justificar el despido y/o la baja de los ingresos y de los salarios de los trabajadores bajo el argumento del cierre de las empresas, aunque muchas de ellas, como en las maquiladoras mexicanas colindantes con la frontera de Estados Unidos, continúan en operación.

Muchos autores han planteado, sin fundamentos y horizonte certeros, que una vez superada la actual fase crítica de la pandemia que azota a la humanidad, necesariamente habrá cambios no solamente en el orden social, económico y político, sino en el mismo “modelo de desarrollo neoliberal” para dar paso a una suerte de retorno del llamado Welfare State que surgió y se

expandió, en algunos países de Europa, durante el largo periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, sin haberse instalado ni en Estados Unidos, ni mucho menos en los países dependientes y subdesarrollados.

El transfondo de esta concepción a-histórica radica en concebir el capitalismo y el neoliberalismo como si fueran dos cuestiones separadas, dos conceptos inconexos, sin entender que el capitalismo, como sistema económico de explotación y de dominación, cubre fases históricas que asumen formas autoritarias, liberales, conservadoras o neoliberales, pero teniendo como sustrato común ser un sistema de explotación generalizada de la fuerza de trabajo, organizado entorno, como demostró Marx, a la producción no sólo de mercancías, sino de plusvalía; es decir de trabajo excedente, que se apropia el capital y de ganancias que van directamente a los bolsillos de los empresarios.

Una de las verdades que el actual confinamiento en sus viviendas de más de la mitad de la población del planeta por efectos de la expansión y ataque del coronavirus —y que había sido desechada por el pensamiento burgués y conservador durante la época del capitalismo imperialista neoliberal— es la demostración empírica de la fuerte evidencia respecto a que, a nivel mundial, el capitalismo, como un todo, no puede funcionar sin la fuerza de trabajo del obrero y la obrera como el motor esencial de la producción de la riqueza, del valor, de la plusvalía y de la ganancia empresarial. Adicionalmente que —a pesar de la fuerte expansión del llamado y quimérico “capitalismo cognoscitivo” informático y digital, que muchos suponían que estaría reemplazando tanto a la ley del valor/trabajo como a la misma fuerza de trabajo en los términos en que lo formuló Marx— las teorías que hemos denominado del “fin del trabajo”, levantadas por autores marxistas y no marxistas como Gorz, Méda, Habermas, Offe, Stiglitz, Rifkin, entre tantos otros, han sido completamente desmentidas por la realidad de un capitalismo que, en el mejor de los casos, su tasa promedio de crecimiento caerá entre -3% y -4% en el período post-pandémico y que cederá el pasó a una crisis estructural mucho más agresiva, profunda y permanente del modo capitalista de producción.

La desesperación del gran capital y de los gobiernos imperialistas por reestablecer prematuramente el funcionamiento de las economías en las inmediaciones ascensionales de la infección mundial —en lo que escribimos este artículo (5 de mayo) ascienden a más de 2 millones los infectados por el virus y se reportan 251 mil 947 fallecidos en todo el mundo— en aras de frenar la profundización de la crisis capitalista y el desplome de las tasas de rentabilidad en empresas de ramos como la aeronáutica, automotriz, electrónica y comercial, es un nítido indicador del llamado a gritos a “reabrir” las fábricas de producción de mercancías con la reincorporación de los trabajadores y de su fuerza de trabajo al proceso de explotación y de valorización del capital. Y aquí el dilema para el trabajador(a) común y corriente es: “Si no trabajo, no como; y si me arriesgo a trabajar para comer y darle a mi familia, me expongo a infectarme con el virus y probablemente a la muerte”.

De este modo no es casual que la caída del sistema global sea superior a todas las ocurridas anteriormente, incluyendo la gran depresión de los años treinta del siglo pasado con epicentro justamente en Estados Unidos. Pero ahora —debido a la interconexión que proporcionan internet, el *Big Data*, las tecnologías informáticas y la difusión de los hechos en tiempo real a través de las redes sociales y de los medios de comunicación— en todas las regiones, países y localidades del planeta afectando a millones de seres humanos de manera simultánea.

El pretexto para que esto ocurra es un supuesto salvataje de los empleos (mayoritariamente precarios) y de los ingresos de los trabajadores que de otro modo, sin la benevolencia del capital y del Estado, se perderían en un corto plazo, dadas las condiciones institucionales de existencia y

reproducción de la sociedad burguesa capitalista sustentada en la propiedad privada de los medios de producción, en el derecho a explotar el trabajo asalariado y la naturaleza en beneficio del capital; en el diseño y expedición de leyes, códigos y reglamentos encaminados a garantizar dichas condiciones bajo el amparo de la fuerzas represivas y persuasivas cuando se hace necesaria su intervención. Es en este contexto que se estipulan las condiciones para mantener los contratos de trabajo (cuando los hay) en fábricas, empresas y oficinas (públicas o privadas) si es que no se “desea” perder el empleo y quedar desempleado.

En el capitalismo del desastre y depredador la pandemia ofrece muchas oportunidades al capital para profundizar y extender el radio de acción de la precariedad laboral como una forma que asume la superexplotación del trabajo en los países capitalistas avanzados, y que se convierte en un *mecanismo operativo* articulado al régimen productor de plusvalía relativa que mantiene la hegemonía en el sistema de relaciones y de las formas de explotación del trabajo (tema que desarrollamos en nuestro libro: *Estados Unidos en un mundo en crisis. Geopolítica de la precariedad y la superexplotación del trabajo*, Anthropos-Siglo XXI-CEIICH, México, 2019).

Los agoreros del “fin de la historia” se equivocaron rotundamente al suponer que había llegado a su cúspide el desarrollo del sistema capitalista global y la universalización de la “democracia liberal” en el mundo colocando como “modelo ideal” el capitalismo occidental, justamente el más golpeado por la pandemia mundial y en la que figura como su epicentro Estados Unidos que, juntos, han arrojado al desempleo a millones de trabajadores en los tres últimos meses.

En parte debido a todo lo anterior, es impensable que la situación vaya a cambiar en el periodo post-pandemia por la simple inercia de sus estragos sanitarios en las poblaciones y en la mayor parte de los países. Sin la presencia de poderosos movimientos revolucionarios y de un sujeto histórico transformador que se proponga y se dé a la tarea de construir un nuevo sistema económico, social, cultural, político y ambiental completamente diferente y superior al decadente modo de producción capitalista (hasta cierto punto responsable del surgimiento y expansión de la infección y de la crisis crónica del sistema que ha mermado sus endebles bases en las que se sustenta), es prácticamente imposible concebir un cambio social fundamental y radical, es decir, que vaya a la raíz de los problemas, favorable a todos los trabajadores y a la humanidad.

El futuro del trabajo en la post pandemia no será otro que el determinado por la crisis capitalista y la precipitada caída de su sistema en escala global afectando prácticamente a todas las categorías y profesiones, ya de por sí precarizados y superexplotados, que constituyen el mundo del trabajo. Por ello, ante esta catástrofe sanitaria, social, económica, ambiental, financiera y laboral tendrán que ser los trabajadores del campo y de la ciudad, hombres y mujeres, campesinos y estudiantes, empleados y desempleados, trabajadoras domésticas y los llamados informales, organizados todos, quienes tendrán que tomar las riendas de una transformación profunda de un sistema capitalista caduco y corrupto que ha ingresado en una peligrosa pendiente histórica.